

INSOMNIO GENERAL

Ante la muerte de **Fidel Castro Ruz** (agosto 13 de 1926-noviembre 25 de 2016)

Jorge Pablo Lima

Todo hombre de letras vive a la caza de ese gran acontecimiento capaz de revolucionar el amor y el odio de su tiempo. Pero una vez que la oportunidad se presenta, alcanzo a ver que toda una vida de espera y preparación no ha servido para nada. Ahora puedo decir que conozco la inmensa frustración del pensamiento y la veracidad de un sentimiento triste, oscuro y alentado como la imaginación del joven rebelde; o como las plegarias de Walt Whitman ante el cadáver del presidente Abraham Lincoln. Terrible suponer que a grandes desenlaces le corresponden palabras de igual medida. Nada más distante de la realidad en esta madrugada de insomnio general. Fidel Castro Ruz —hijo de Lina Ruz González y Ángel Castro Argiz— ha muerto como mueren todos los hombres; sin embargo, no es su deceso lo que aviva hoy sus cenizas sino, el punto limítrofe de la plenitud donde ya no se puede seguir viviendo. Supongo que este será, en toda la Historia de Cuba, uno de los momentos más difíciles para encontrar una, una sola frase justa; de modo que el gran ensayo con el cual el hombre de palabra ha soñado, habrá de permanecer inconcluso (...) Siendo esto así, la razón de mis palabras está sostenida solamente en el deber elemental que siento por señalar la hora, el día, en el que todo el hemisferio se moviliza para orar o blasfemar en favor de la muerte. Suceda lo que suceda, estamos construyendo el mito que nos devolverá a esta fecha, así que demorémonos en ella, no importa cuánto tiempo nos tome; un extraño viaje está por comenzar, y la rutina matinal será para ese entonces un recuerdo de los malditos buenos tiempos. Tengo el presentimiento de que mi tierra pudiera convertirse en un lugar insólito, una memoria sin retorno. (...) Durante toda mi vida, y en especial en los últimos cuatro o cinco años, el panorama de la sociedad civil en Cuba, aún sin la antigua efervescencia de la *generación del centenario*, deja ver más que los contornos de una contienda, una serie de convulsiones naturales. La esterilización del poder civil durante medio siglo, la extraña mezcla de inercia, incredulidad y conciencia del poder, la abolición de la voluntad y la ignorancia todoterreno de los políticos han generado un clima de indefinición y desasosiego que no puede continuar. Amo demasiado a la tierra de mis antepasados, a mi tierra, como para no decirlo. Y me temo que, en esta ocasión, el desenlace no será tan solo un retoque en nuestra legislación. Asimismo, estoy convencido de que, si la avalancha continúa, es porque el grueso esencial de la población se ha mantenido apegada a sus principios fundacionales.

El día de ayer, 25 de noviembre de 2016, transcurrió como cualquier otra fecha de festividad nacional. De modo que las alarmas estaban secretamente encendidas. Un popular informativo de la noche en el estado de la Florida comienza a difundir la noticia, dividida de manera sensacionalista entre los anuncios: “Fidel Castro ha muerto...Fidel Castro a muerto...” (A Fidel le gustaban mucho los noticiarios). Recuerdo haber escuchado a alguien gritando el titular; y pienso en lo imprevisible que resultó el hecho, ya que durante cincuenta años él había sido el actor principal del drama más tormentoso que el escenario de la historia real conociera en siglos; pero esta sería su última aparición. En el sur de la Florida la gente comenzó a ocupar las calles, era medianoche y la ciudad estaba atestada, oficiales uniformados por todas las avenidas principales, nadie reconocido, gente joven, gente mayor, gente enmudecida por la reverberación de cientos de voces alarmadas, excitadas; el magnetismo incontrolado de tantas sensaciones encontradas; no hay música de fondo, todo está en primer plano: furia, devoción, esperanza, el triunfo de un ideal y la decadencia de otro colmando el aire, el pensamiento, los sentidos, con una efusión superior a toda sinfonía. Fidel apareció por última

vez para presentar el acto final, solo, como solía hacer, con la única diferencia de que esta vez era imposible ensayar el desenlace previamente. Y así desapareció no más, descomunal en la diversidad de secuelas que lo rodean y ocupan el destino de nuestro pueblo: en la política, en la religión, en la historia, en el arte, en la guerra; pero la muerte, como en sí misma sustraída y agotada sobre una vida cuasi infinita, transcurrió con la discreción y simpleza de cualquier ocurrencia ordinaria —la apertura de un capullo en el estío o el descenso de las hojas en el otoño del norte—. A través del escándalo generalizado que siguió a la pausa, llegó un disparo de sosiego, un tenue y pavoroso estremecimiento; y luego el momento de quietud, un clamor, el grito incrédulo, el suspenso interrogante; la mezcla de dolor, de pavor, de incertidumbre; y luego la gente desbordada en las avenidas —siempre hay un y *luego* cuando se habla de muerte—, y la confusión, la consternación inextricable, y el discurso de agonía al presentar oficialmente el deceso. De pronto la ciudad se llena hasta la asfixia con una multitud excitada y esparcida, como si de algún horrendo carnaval se tratase, la gente se abalanza sobre su nombre, como para no dejar dudas de la sentencia.

No es que Fidel haya jugado a interpretar un personaje de héroe o villano y en algún punto del camino se combinaran sus roles para dejarle inmune o ciego ante el más elemental ejemplo de miseria. No es que su idiosincrasia, en su permanencia súbita en el poder, haya marcado a la isla de Cuba con un sello más profano o profundo o imperecedero que el que cualquier hombre nos haya dado hasta hoy, sino que, el valor y el significado de toda esta tragedia nos demuestra que debemos borrar el lenguaje de guerra que hasta hoy ha inundado nuestra cotidianidad. Es preciso recuperar los sentidos que en última instancia son imprescindibles en todo grupo humano —y aquí y ahora, los máspreciados para nosotros—: el sentido de la imaginación y de nobleza para construir minuciosamente nuestro próximo paso. Sobre nosotros, los espíritus de una isla encendida, pesa en este instante una larga y diversa serie de acontecimientos contradictorios que han llegado a su más fino desenlace poético, singular, nodal. Toda la intrincada, desconcertante, multiforme herencia viviente del *período de revolución* que se define y conviene en un breve destello de luz relampagueante, un acto simple, brutal. Esta culminación tajante, esta bifurcación —diríase—, a tantos problemas bañados de sangre y rabia y rencor; a tantas almas perdidas, primero en la Sierra, luego en el mar y finalmente en la alucinación, no puede ser una tragedia. Y si lo fuera, sería entonces para connotar el gran renacimiento que sucede a toda gran muerte en la tragedia clásica griega; ilustra esos momentos de clímax en el escenario del Tiempo universal, en los que la Musa histórica, por un lado, y la Musa trágica en otra, bajando repentinamente el telón, cierran un inmenso acto en el largo drama del pensamiento creativo, y lo dejan refulgir: un cuadro viviente más extraño que la ficción. ¡Un digno fulgor, un digno final! ¡Cómo adora estas cosas la imaginación, y cómo las persigue el hombre de letras! Pues de entre todas las pérdidas notorias, la que hoy nos asiste llega como un alumbramiento de nuestra isla, nacida de nuevo, para emprender desde aquí su camino de genuina y homogénea complicidad, coherente con sus principios. Después de todo, la contribución final de los hombres más grandes de una nación no se remite a sus actos en sí mismos, ni a su relación directa con su época o su país. La finalidad de una vida encumbrada es su filtración indirecta hacia la conciencia y el espíritu de la humanidad. Existe entonces un lazo común a toda la gente, un lazo sutil, más fundamental que cualquier cosa en la política, en la constitución, en las organizaciones internacionales o en los ejércitos; esto es, el lazo de una muerte identificada a cabalidad con todo el amor transparente o retorcido, los principios y la voluntad de un pueblo, por en encima de todo, en nombre de todos. Resulta extraño que las batallas, los mártires, las agonías, la sangre, e incluso el asesinato condensen de tal forma —quizás sólo así verdadera y permanentemente— una nacionalidad. Conquistemos entonces nuestra gloria como los patriotas fundacionales de esta tierra nos exigen. Leer a Máximo Gómez. *Solo un gran amanecer puede suceder al gran sueño que vivimos.*